

HELIODORO MARTÍN MARTÍN

Érase una vez en una tranquila escuela para adultos, donde las aulas estaban llenas de aprendizajes y sueños tardíos. Allí estaba Heliodoro, un hombre de 80 años cuya presencia brillaba como el sol en un día 101gris. Heliodoro, con su cabello plateado como los rayos de luna y sus ojos que resplandecían con juventud, se había convertido en la figura más querida del salón.

Aunque la edad pudiera intentar imponerle límites, Heliodoro la desafiaba con humor y arte. Era un auténtico poeta, y lo demostraba cada día con sus versos espontáneos y sus bromas que hacían reír a cualquiera. Su don era ver la belleza en todas sus compañeras, sin importar si eran veinteañeras o de su misma generación. Heliodoro siempre tenía un comentario ingenioso y elegante, seguido de un poema que arrancaba sonrisas y hasta algún suspiro.

Por ejemplo, un día se acercó a Martina, una mujer de 25 años con un marcado interés en la literatura, y le dijo:

“Martina, flor de primavera,
en tu mirada brilla la espera,
del verso que aún no ha nacido,
más que tu sonrisa ha embellecido.”

Martina soltó una carcajada, maravillada por la agudeza y ternura de Heliodoro. Así era él, único y magnético, capaz de convertir las palabras en magia.

Pero lo que hacía a Heliodoro más especial era su capacidad de unir a todos con sus poemas y su humor. Él no discriminaba, ni juzgaba; simplemente celebraba la vida. Para él, cada compañera era una musa, cada día una oportunidad para crear algo bello y compartirlo con los demás.

En el fondo, Heliodoro sabía que su misión no era simplemente aprender en la escuela. Su verdadero propósito era recordar a todos que, independientemente de la edad, el humor y la poesía eran el alimento del alma, y que nunca era tarde para amar la vida con plenitud.

¿Quién no quisiera compartir un aula con un hombre como Heliodoro? Su risa y versos resonarían para siempre, y con cada palabra su legado seguiría inspirando a todos los que lo conocieron.

